

LA INCULTURACIÓN DE LA FE Y DEL EVANGELIO SEGÚN JORGE MARIO BERGOGLIO/PAPA FRANCISCO

ALDO MARCELO CÁCERES ROLDÁN, OSA

INTRODUCCIÓN

La *inculturación* es un concepto-guía del pensamiento teológico-pastoral del papa Francisco. Fue una constante preocupación suya, tanto durante su ministerio presbiteral como en su servicio episcopal, en Argentina. Por eso, no extraña la importancia que le da a la misma en su *Evangelii Gaudium*. Por lo tanto, de entrada podemos afirmar, que Francisco ha logrado elaborar y expresar su propia síntesis sobre la inculturación; pero, en clave *encarnatoria* y *pneumatológica*. Ésta lectura se fundamenta en la tradición jesuítica, en la teología-pastoral del pueblo argentino, en el magisterio latinoamericano y en algunas enseñanzas pontificias. Así, teniendo en cuenta estos aspectos, intentaré presentar una breve aproximación al tema. Lo haré abordando las tres etapas bien definidas de Bergoglio: como presbítero, como arzobispo y cardenal, y como Obispo de Roma y Papa.

1. LA INCULTURACIÓN SEGÚN EL PRESBITERO JORGE MARIO BERGOGLIO

Para el joven provincial de los jesuitas de Argentina (1973-1979), Jorge Mario Bergoglio, la inculturación es entendida desde la analogía de la *encarnación* en la cultura por obra del Espíritu Santo. Esta lectura es realizada desde la tradición jesuítica, como desde las significativas aportaciones del Padre Pedro Arrupe, en el Sínodo de 1974 sobre la Evangelización, quien ya usó el neologismo *inculturación*. Además, Bergoglio, se deja empapar por el profundo significado de la “encarnación de la fe en la cultura”,

según el Documento de Puebla (3ª Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, 1979).

El 15 de octubre de 1977, el joven provincial, pronunciaba una Conferencia en el Museo Rosa Galisteo de Rodríguez en la ciudad de Santa Fe (Argentina), sobre la labor misionera de los jesuitas en esas tierras, a partir de 1585¹. En su discurso valoraba, por un lado, el esfuerzo de los misioneros por la evangelización de los indios. Por otro lado, cómo esa tarea misionera, brotaba de la espiritualidad ignaciana; de la experiencia vivida de cada misionero con sus respectivas exigencias apostólicas y sociales.

Respecto a lo primero, consideraba que esas primeras misiones fueron un servicio apostólico llevado a cabo a la luz de la *teología encarnacionista* de Trento, asumida y traducida por el III Concilio de Lima de 1582. Para él, los primeros jesuitas, en la hoy denominada Provincia de Santa Fe, no sólo lograron catequizar a los nativos; sino también, que con optimismo valorizaron su cultura. Hasta tal punto que la promovieron, motivando a los indios a que expresaran la fe por medio de la pintura, la escultura, la arquitectura, etc. Además, destacaba, que los misioneros fieles a las líneas pastorales del Concilio de Lima, tuvieron que aprender las lenguas indígenas; traducir los catecismos a esas lenguas, y presentar el mensaje por medio de un culto que resultara atractivo para los indios. De esta manera lograron despertar en ellos las ansias de bautismo y le dieron a este pueblo, identidad y sentido de pertenencia. Es más, esta labor misionera, –según Bergoglio–, constituye un fragmento histórico inserto en el misterio de Cristo muerto y resucitado. Por eso, los misioneros, movidos por la *humanidad y encarnación de Cristo*, pusieron todo su empeño y celo apostólico, para proyectar los mismos gestos *salvadores* de Jesús², en esa cultura y desde esa cultura.

Respecto a lo segundo, señalaba, que esta tarea misionera se expresaba desde la vivencia personal de estos jesuitas, cuya fuente es la espiritualidad ignaciana reflejada en los Ejercicios Espirituales³. Se trata de esa mística de conquista espiritual, que conlleva el combate ascético en el corazón del misionero y la elección de lo más arduo.

¹ Cf. BERGOGLIO, J. M., “Historia y presencia de la Compañía de Jesús en nuestra tierra”, en BERGOGLIO, J. M., *Reflexiones espirituales sobre la Vida Apostólica*, Bilbao, 2013, 246-263 [original: Buenos Aires, 1987].

² *Ibid.*, pp. 247-251.

³ Cf. LOYOLA, I. de, *Ejercicios Espirituales*, Santander 2010.

Así, la obra apostólica de estos misioneros jesuitas, hunde sus raíces en la meditación ignaciana de la *Encarnación* y *Dos Banderas*. Esto implicaba para ellos lo siguiente:

- “Un análisis de situación que con la mirada de Dios cala hondo en la miseria que el pecado del indígena y del español han sembrado en la obra de Dios.
- Una visualización del enemigo que inspira las tácticas destructivas que llevan al pecado y un conocimiento cabal de esas tácticas.
- Una internación en el corazón misericordioso de Dios que salva e inspira los remedios salvadores.
- Una disponibilidad de instrumento de esa Gracia que brota de la misericordia del Señor.
- Una sagacidad para descubrir aquellos condicionamientos que favorezcan de tal modo la labor evangelizadora que la vuelvan un hecho irreversible en la conciencia del *pueblo fiel*”⁴.

Finalmente, Bergoglio recurría a la narrativa sobre la Reducción de San Francisco Javier entre los *mocovíes*⁵, para destacar el valor simbólico de la misión. Es decir, su significativa carga histórica que vigoriza el presente y abre nuevos horizontes hacia el futuro. Una historia protagonizada por dos sacerdotes jesuitas, *Florián Paucke* (polaco) y *Francisco Burgés*, con sus respectivas obras⁶. Estos, desde las claves teológicas-ignacianas, encarnaron su compromiso misionero por la promoción humana y la justicia de los nativos. Además, hicieron de intermediarios para lograr la paz social entre los indios y los españoles. Concretamente los pilares de esa pastoral eran:

- Consolidar el sentido de unidad.
- Cambiar las estructuras injustas de los indios, ofreciendo alternativas posibles.
- Dignificar a los indios por medio del trabajo y proyectar un futuro mejor.

⁴ BERGOGLIO, J. M., “Historia y presencia de la Compañía de Jesús en nuestra tierra”..., p. 252.

⁵ Etnia pámpida del Gran Chaco argentino.

⁶ PAUCKE, F., *Hacia allá y para acá: una estada entre los indios mocovíes*; F. BURGÉS, *Relación de la fundación del pueblo de San Javier de los mocovíes*.

En definitiva, por medio de esta acción evangelizadora, se buscaba afianzar una historia protagonizada por todos, que tomaran conciencia del *sujeto colectivo* en orden a la unidad. Es decir, tener en cuenta la *sabiduría y la mística popular*, los frutos del Espíritu Santo y la reserva moral de estos pueblos. Pero lo más importante, era comprenderla desde las riquezas de esa cultura, como una historia de fe. Una historia de gracia, en la que Dios por medio de su Hijo, se encarna en esos acontecimientos. Y, que por obra del Espíritu Santo y la protección de María, hicieron posible la evangelización de las comunidades indígenas⁷, con un firme compromiso por la formación y promoción social.

En el año 1980, tiempo en que Bergoglio asumía como rector del Colegio Máximo y de la Facultad de Filosofía y Teología de San Miguel (Buenos Aires), aparecía una publicación suya. Un artículo editado en el *Boletín de Espiritualidad* n. 64, de los jesuitas de Argentina, sobre “*Algunas claves de acción apostólica*” en relación con la *inculturación*. Éstas orientaciones, como veremos a continuación, se apoyan en las luminosas aportaciones del Padre Arrupe, en la Congregación General XXXII de la Compañía de Jesús⁸, y desde el espíritu del documento de Puebla y la *Evangelii nuntiandi* (Pablo VI).

En primer lugar, Bergoglio, entiende la inculturación como “la encarnación de la vida y mensaje cristianos en un área cultural concreta, de tal manera que esa experiencia no solo llegue a expresarse con los elementos propios de la cultura en cuestión (lo que no sería más que una superficial adaptación), sino que se convierta en el principio inspirador, normativo y unificador que transforme y re-cree esa cultura, originando así «una nueva creación»”⁹.

En segundo lugar, resalta que la inculturación se lleva a cabo, desde y con el “pueblo de Dios”. Por lo tanto, sostiene que la inculturación es “en el proceso de cambio de las estructuras (también en las estructuras del corazón), condición «*sine qua non*» de nuestro actuar jesuita, y afecta no sólo a los contenidos sino a las pautas y la misma acción, porque caminando paciente y humildemente con los pobres, aprenderemos en qué podremos ayudarles, después de haber aceptado primero recibir de ellos. Sin este

⁷ Cf. BERGOGLIO, J. M., “Historia y presencia de la Compañía de Jesús en nuestra tierra”..., pp. 252-263.

⁸ Cf. ARRUPE, P., SJ, “Carta y Documento de trabajo sobre la inculturación (14/05/78)”, *Acta Romana Societatis Iesu* XVII (1978) 229-255.

⁹ *Ibid.*, p. 230.

paciente hacer camino con ellos, la acción por los pobres y oprimidos estaría en contradicción con nuestras intenciones, y les impediría hacerse escuchar en sus aspiraciones y darse ellos a sí mismos los instrumentos para tomar efectivamente a su cargo su destino personal y colectivo (CG XXXII, IV, 50). Esto implica, que la Iglesia evangelice su cultura: “restaurar en Cristo todos los pueblos y todas las naciones” (CG XXXII, V, 1). Donde la “encarnación del Evangelio en la vida de la Iglesia exige que Cristo sea anunciado y recibido de manera diferentes según la diversidad de los países o de los ambientes humanos, teniendo en cuenta las riquezas que le son propias” (CG XXXII, IV, 54); y esto porque la inculturación, percibida desde un punto de vista universal y, por tanto, como criterio válido para ser trasferido a diversas situaciones, significa la diversidad (de culturas, de funciones, de modalidades) en la unidad de concepción (de fe y espiritualidad)”¹⁰.

Teniendo en cuenta lo anterior, pasamos a exponer los *criterios bergoglianos* para la acción apostólica¹¹:

- a) Superar la tentación del repliegue, para avanzar desde la experiencia de consuelo y paz que brota del Señor, hacia la creatividad apostólica.
- b) La creatividad como gracia, en Dios, debe ser sencilla y fuerte; e implica desafíos concretos y soluciones concretas.
- c) La cohesión como gracia –o unión de los ánimos– implica desde la Paciencia y la Esperanza del Señor, abrir un futuro asumiendo el tiempo de Dios.
- d) El repliegue como voluntad de Dios, que exige hacerse cargo de las reservas para potenciarlas en la acción apostólica. Esas reservas son:
 - Las del *pueblo fiel* que nos lleva al servicio de la fe y la promoción de la justicia (cf. CG XXXII, IV); haciendo una opción preferencial por los pobres (DP 1134-1165). Y, que implica, una cercanía a sus reales necesidades.
 - La historia y la cultura del pueblo, que nos mueve a recuperar el sentido de la inculturación (cf. CG XXXII, V). O sea, a *trabajar desde el corazón mismo del pueblo que se nos ha confiado*.

¹⁰ BERGOGLIO, J. M., “Criterios de acción apostólica”, en BERGOGLIO, J. M., *Reflexiones espirituales sobre la Vida Apostólica*, Bilbao, pp. 283-284.

¹¹ Cf. *Ibid.*, pp. 264-290.

- El valor de la tradición jesuítica (local y universal) y de la espiritualidad.
 - La riqueza de la piedad y espiritualidad popular (cf. EN 48), que nos revela a un Dios Padre y providente.
- e) La fortaleza en el Señor que brota de su misericordia, y que nos permite crecer en *parresía* –ante Dios y los hombres– debido al impulso transformador del Misterio de Cristo (cf. GS 22).
- f) La conversión al amor de Dios como conversión al amor del prójimo y la promoción de la justicia.
- g) El tinte *kerygmático* de la misión, que intenta responder a la pregunta: ¿qué significa ser compañero de Jesús? Implica abajamiento, formación de la conciencia respecto a la realidad de la pobreza y la proyección de las obras de misericordia.
- h) El acercamiento a los pobres y el cambio radical de las estructuras injustas y de pecado.
- i) La formación espiritual y de la conciencia de los laicos, para poder llevar a cabo la misión.
- j) No traicionar la cultura de nuestro pueblo, ni sus valores y legítimas aspiraciones.
- k) Estar atentos a la realidad y al discernimiento espiritual, para poder cumplir la voluntad de Dios y dar los mejores frutos en nombre del Señor.

En el año 1985 ¹², Bergoglio, pronunciaba otra Conferencia en Mendoza (Argentina). En ella vuelve a relacionar la tradición jesuítica y la espiritualidad ignaciana con la inculturación. Llega a sostener que los primeros jesuitas por estas tierras, a ejemplo de San Ignacio, pusieron en diálogo la Palabra de Dios con la cultura de la época. Además, no sólo se dedicaron a catequizar, sino que también, emplearon un modo que respetaban la dignidad del pueblo. Es decir, haciendo entrega a esos pueblos lo mejor de sí mismos. Es lo que técnicamente, para él, se llama *inculturación*. O sea, el jesuita, que se insertaba en estas tierras, sin dejar de ser jesuita, tomaba todo lo que podía de la cultura del pueblo. Abriéndose al pueblo, reconocía en ellos, en su totalidad, un *ethos* que les confiere dignidad. Y, luego expresaba el Evangelio en esa cultura. Además, ese servicio eclesial de los

¹² Del 2 al 6 de septiembre de 1985, Bergoglio organizó y participó, en el Congreso Internacional de Teología sobre el tema *Evangelización de la cultura e inculturación del Evangelio*.

jesuitas, desde la pobreza, humillación e imitación del Señor en la cruz; se buscaba el progreso y la proyección apostólica desde el *discernimiento*¹³.

2. LA INCULTURACIÓN DE LA FE SEGÚN EL CARDENAL Y ARZOBISPO DE BUENOS AIRES, BERGOGLIO

El 19 de enero de 2008, el cardenal Bergoglio ofrecía una profunda y sintética reflexión, sobre la “*religiosidad popular como inculturación de la fe*”, en el Espíritu de la V Conferencia del CELAM, Aparecida (Brasil, 2007). A modo de introducción, reconocía a Aparecida, como un gran acontecimiento eclesial. Un necesario y nuevo impulso misionero, para que cada cristiano, escuchando y discerniendo, con humildad y atención a la luz del Señor (cf. DA 33, 36, 41), pueda ser discípulo alegre y dar vida a los pueblos, en Cristo. Para escuchar y leer la realidad en clave de misión, para evangelizar la cultura y hacer llegar la Buena Nueva desde la cultura de cada pueblo (Cf. DA 476-546). Luego, en primer lugar, exhortaba a *no perder la memoria de todo lo que implicaba el proyecto misionero en Latinoamérica, desde la teología encarnacionista de Trento hasta la nueva luz del Concilio Vaticano II, para entablar un diálogo cultural, hacia dentro y hacia fuera de la Iglesia* (cf. NA 2). Teniendo en cuenta los distintos carismas y sabiendo leer los “signos de los tiempos”. Un necesario diálogo con el mundo contemporáneo (cf. LG 12; GS 4; 11; 44). Desde esta luz, pasa a exponer, su interpretación de la vida y los sucesos de la Iglesia Latinoamericana en las últimas décadas.

a) Medellín

Para el cardenal, la II Conferencia del Episcopado Latinoamericano, Medellín (1968), fue una relectura creativa del espíritu del Concilio Vaticano II, “desde un mundo de pobreza injusta, con estructuras económicas y sociales de pecado. La Iglesia en América latina comienza a tratar de entenderse y descubrir su misión desde el clamor de sus pobres, el sufrimiento del pueblo, de indígenas, mujeres, obreros, campesinos, niños”. También destacaba que, si bien Medellín, no abordó directamente la cuestión cultural, en la práctica fue descubriendo y valorando, esa “Iglesia que nace del pueblo”, que se caracteriza por ser *plurifacético*. Poco a poco, fue dando espacio y voz a los más pobres, a la diversidad de comunidades

¹³ Cf. BERGOGLIO, J. M., “¿Qué son los jesuitas?: origen, espiritualidad y características propia”, en BERGOGLIO, J. M., *Reflexiones espirituales sobre la Vida Apostólica*, Bilbao, pp. 229-245.

nativas; valorizando a las comunidades eclesiales de base, y abordando la cuestión de la liberación y la religiosidad popular ¹⁴.

b) Puebla

Sobre Puebla (1979), entendía que, comenzó a encarnar ese proceso de devolución de la voz a los pobres, con sus luces y sombras. Permitiéndole a la Iglesia a reencontrarse con las culturas indígenas autóctonas y las afroamericanas, de un modo más explícito (Cf. DP 996). Pero, reconocía, que el tema cultural y la evangelización, entró por la puerta de la *religiosidad popular*. Entendida ésta como “substrato católico” de este gran continente (cf. DP 551-552; 989); donde el “Evangelio encarnado” en estos pueblos, dan una identidad histórica- cultural llamada América Latina (cf. DP 991). Sin embargo, se llegaba a captar, que la religiosidad popular, aún no logró impregnar en algunos grupos culturales, “que por su parte poseen riquísimos valores y guardan «semillas del Verbo» en espera de la Palabra viva” (DP 996). Junto a todo esto, Bergoglio, señalaba que desde el año 1989, el panorama social y eclesial había cambiado mucho. Con la caída del socialismo del Este, el neoliberalismo se presentaba como único camino de salvación. Así, con la corriente cultural de la postmodernidad, la conciencia social y eclesial, sufría un cambio de horizonte.

c) Santo Domingo

Respecto a la IV Conferencia Latinoamericana de Obispos, Santo Domingo (1992), rescataba dos cuestiones para él centrales, desde donde hoy, se puede llevar a cabo la “inculturación del Evangelio”. Por un lado, que los laicos se liberen del clericalismo (dejen de ser laicos de sacristía), reduciendo su misión evangelizadora al ámbito intra-eclesial. Para pasar, a un compromiso real, penetrando los ambientes socio-culturales, para ser en ellos protagonistas de la transformación de la sociedad a la luz del Evangelio. Un compromiso en la construcción de la sociedad política, económica, laboral, cultural y ambiental (cf. SD 95-100). Por otro lado, teniendo en cuenta este marco de fondo, es positivo ese paso del reconocimiento de la diversidad de culturas latinoamericanas. Se trata de una visión menos estrecha, que toma conciencia de los desafíos y riquezas, que suponen esa búsqueda de unidad desde la pluralidad de las culturas indígenas, afroamericanas y mestizas. Fue importante el reconocimiento de Latinoa-

¹⁴ Sobre las tres últimas cuestiones, sostiene Bergoglio, que fueron aportaciones del Cardenal Eduardo Pironio como presidente del CELAM, presentadas en 1974 en el Sínodo de la Evangelización. Y, que sin duda alguna influirán en la exhortación apostólica EN.

mérica y el Caribe, como un “*continente multiétnico y pluricultural*”, con una “*cosmovisión de cada pueblo*”, “*que buscan, sin embargo, una unidad a partir de la identidad católica*” (Cf. SD 244). Se acepta, por tanto, la pluralidad cultural y social siempre que ésta no implique una pluralidad religiosa.

De esta manera, Bergoglio, se identifica con la concepción de inculturación, en clave de encarnación y como obra del Espíritu Santo. Destacando la “*ininterrumpida acción de Dios a través de su Espíritu, en todas las culturas*” (cf. SD 243); entendiendo la inculturación como “*un proceso conducido desde el Evangelio hasta el interior de cada pueblo y comunidad con la mediación del lenguaje y de los símbolos comprensibles y apropiados a juicio de la Iglesia*” (SD 243). Finalmente, sin duda alguna, conociendo las líneas pastorales para una evangelización inculturada (cf. SD 248-251), sólo subraya en su discurso lo siguiente: “*promover una inculturación de la liturgia, acogiendo con aprecio sus símbolos, ritos y expresiones religiosas compatibles con el claro sentido de la fe, manteniendo el valor de los símbolos universales y en armonía con la disciplina general de la Iglesia*” (SD 248).

d) Aparecida

Respecto a Aparecida, considera que, el concepto de *cultura* es privilegiado, ya que el mismo ha permitido realizar ese nuevo acercamiento a la realidad latinoamericana. Es decir, se ha convertido en una clave de interpretación importante. Pero, hay que reconocer que el concepto de cultura es *dinámico*, presupone hablar de sujetos, que la producen y actúan, así como de sus maneras de comportarse y las representaciones que hacen de lo que les rodea. Este tipo de vinculación provoca un constante cambio en la sociedad. Los elementos producidos en la cultura se afectan unos con otros, desarrollando así nuevas formas de expresión y decisión en los individuos. Teniendo en cuenta esto, Bergoglio, nos remite al siguiente texto de Aparecida: “[...] *En medio de la realidad de cambio cultural emergen nuevos sujetos, con nuevos estilos de vida, maneras de pensar, de sentir, de percibir y con nuevas formas de relacionarse. Son productores y actores de la nueva cultura.* (51).

Entiende que Aparecida, pone de relieve la complejidad del fenómeno social, sobre todo de la globalización. Las afecciones y retos, ante la creciente homogeneización cultural y la situación de las distintas culturas de Latinoamérica y El Caribe. *Ante esta realidad, considera, por un lado, que la Iglesia no solamente tiene que asumir un rol crítico, sino que también, debe ser partícipe junto a los demás, del cambio social que requieren nuestros pueblos.* Motivar a que los laicos se comprometan a trabajar por la transformación de las estructuras sociales; donde todos juntos, como Pueblo de Dios, sean

testigos del Evangelio. Es decir, anunciar a todos, que la Buena Noticia de Jesús es efectivamente el camino de salvación. Por otro lado, Bergoglio, asume el concepto general de cultura de la GS 53, que aparece en DA 476 y, señala la riqueza de las distintas formas de culturas en América Latina y El Caribe (Cf. DA 477). Así, la Iglesia, por medio de la inculturación de la fe, está llamada a contribuir a una “catolicidad más plena, no solo geográfica, sino también cultural” (DA 479). Por lo tanto, la Iglesia no debe renunciar a ser promotora de cultura. Es más, tiene que asumir su misión de evangelizar, *evangelizando las culturas* (cf. DP 385-393; EN 18-20); donde una cuestión específica implica asumir, purificar, completar y dinamizar por el Evangelio, el *catolicismo popular* (cf. DP 457). Pero, a la vez, debe estar comprometida con la promoción humana y la liberación, a la luz de la Doctrina Social de la Iglesia (cf. DP 470-506).

2.1. Inculturación de la fe y religiosidad popular

Una cuestión central, en el pensamiento bergogliano, es la inculturación de la fe y la valoración positiva de la religiosidad popular (cf. DP 7, 413, 448; DA 258-265). ¿Qué entiende por inculturación? Desde una perspectiva sociológica, designa “*el proceso de transmisión y comunicación a través de códigos, tanto lingüísticos como icónicos, de valores, normas de vida y pautas de comportamiento de un determinado grupo socio-cultural a las nuevas generaciones que surgen. Se trata del proceso a través del cual el individuo recibe, asimila, reinterpreta y asume activamente la cultura en la cual nace o de la cual efectivamente comienza a formar parte*” (A. Do Carmo Cheuiche, *Marco de referencia actual sobre la problemática de la inculturación, en Medellín 60*). Desde el ser misionero de la Iglesia, por un lado, es entendida como “encuentro de la fe con las culturas”, como “encarnación” (cf. DP 400). Y, teniendo en cuenta la aportación de Juan Pablo II (cf. CT 53 y RM 52ss), sostiene que la “inculturación es un componente de la Encarnación. Es decir, que la inculturación de la fe y del Evangelio, son una consecuencia práctica de la Encarnación del Hijo de Dios, que salvando todo y sólo aquello que asume (“quod non est assumptum non est redemptum”, San Ireneo) debe asumir en la Iglesia todas las culturas, purificando o eliminando lo que es contrario a su espíritu, pero por ello mismo preservándolo de toda auto-destrucción. La inculturación es la penetración del mensaje evangélico en las culturas, a la manera como la Palabra se hizo carne y puso su morada entre nosotros (Juan 1, 14).

Teniendo en cuenta que a través de la cultura es como el Evangelio puede acercarse al hombre. La inculturación es, por tanto, el proceso por

el que la fe se hace cultura. Así, desde el espíritu de Santo Domingo, la inculturación debe hacerse a la luz de los tres grandes misterios de la salvación [Navidad, Pascua y Pentecostés] (cf. DSD 230); promoviendo en medio de nuestros hermanos indígenas y afroamericanos una “evangelización inculturada” (cf. DSD 248-250). Pero, sabiendo también, que el Evangelio tiene que llegar a todos los pueblos. Por eso, la Iglesia tiene que evangelizar e insertarse en las diferentes culturas, movidas por el amor (cf. EA 52-54).

Bergoglio apoyándose en las anteriores enseñanzas, llega a decir: “Inculturar es transformar íntimamente los auténticos valores culturales en valores cristianos, integrándolos en la misma visión de vida, y a su vez enraizar el cristianismo en las diversas culturas desde la reflexión y la praxis. No es un proceso fácil, pues no debe en ningún modo diluir las características y la integralidad del mensaje cristiano. Inculturar es encarnar el Evangelio en las diversas culturas, transmitir valores, reconocer valores de las diversas culturas, purificarlos, evitar sincretismos. Ello requiere de períodos de preparación, de cuidado prudencial pero sobre todo de escucha sapiencial de las voces de la Iglesia Universal, de todo el pueblo cristiano. Es a través de la reflexión y la experiencia del pueblo cristiano como se alcanza el genuino sentido de la fe. En esa labor participan pastores y fieles, todo el pueblo de Dios (Cfr. *Lumen Gentium* 12). Por eso la inculturación de la fe o evangelización de la cultura se enmarca en la lógica del misterio de la encarnación, muerte y resurrección. Se inicia con un esfuerzo de expresar la fe en las categorías y modo propios de esa cultura, en un intento de encarnación. En el segundo paso el Evangelio realiza un discernimiento de esa cultura para que logre despojarse de lo que se contraponen con él. De la muerte de elementos no compatibles y por lo tanto no asimilables, resucita una nueva cultura original cristiana. Toda cultura es producto del hombre, en consecuencia, estará marcada por el pecado: también la cultura debe ser purificada, elevada, perfeccionada (*Enciclica Redemptoris Missio* 54)”¹⁵.

“La inculturación prepara al hombre para acoger a Jesucristo en la integridad de su ser personal, cultural, político, económico, santificado por la acción del Espíritu (EA 62). No es una mera adaptación del kerygma o de la liturgia, o una táctica para hacer atractivo el cristianismo aun a costa de mutilar la Revelación. Es una catequesis paciente y una búsqueda amorosa de

¹⁵ BERGOGLIO, J. M., “Religiosidad popular como inculturación de la fe”, Buenos Aires, 19 de enero de 2008.

aquellas “*semillas del Verbo*” que, cuando maduren, producirán frutos de una civilización del amor. Engloba los ámbitos de la vida de la Iglesia: teología, liturgia, vida y estructura de la Iglesia en su doble dimensión, la de transformar los auténticos valores culturales integrándolos en el cristianismo, y la de la enraizar el cristianismo en las diversas culturas humanas (Redemptoris Missio 52). Un aspecto importante de la evangelización inculturada es descubrir al hombre en el sentido de la dignidad humana restaurada. Dios devuelve al hombre su dignidad inalienable de persona y de hijo de Dios mediante la Encarnación de su Hijo único. Este ministerio de evangelización en el campo social, que denuncia y combate todo lo que envilece y destruye al hombre es parte de la inculturación del Evangelio (EA 70)”¹⁶.

Ahora bien, la inculturación es una acción del Espíritu Santo (cf. RM 52; EA 62). Él es quien anima la historia y quien la puede conducir hasta la “*nueva creación*” (Apoc. 21,5). La revelación de Dios no puede no ser inculturada, pero las culturas son diferentes y cambiantes como el hombre a través de su historia; por eso la Buena Noticia sólo será viva, bajo la acción del Espíritu que hace que la Palabra de Dios resuene con fuerza salvadora, sea interpelante y anunciada en lenguaje apropiado para el que hombre pueda acogerla en las circunstancias que le toca vivir. “El Espíritu es el que asiste para que se puedan respetar la pluralidad de expresiones de la fe. Bajo la acción del Espíritu la auto-comunicación de Dios se va iluminando con las cambiantes circunstancias. Es obvio que las diversas transculturaciones del mensaje van enriqueciendo su comprensión progresivamente. Además va creciendo la intelección del misterio revelado, transmitido y experimentado, conduciéndonos el Espíritu a la verdad plena”¹⁷.

2.2. La religiosidad popular como inculturación de la fe

Finalmente, el cardenal, hace referencia a la “religiosidad popular como inculturación de la fe”. Es la fe del pueblo sencillo que se hace vida y cultura, que se expresa en la *piEDAD popular como un auténtico espacio de encuentro con Jesucristo*. Es el modo peculiar que tiene el pueblo de relacionarse con Dios, la Virgen María, los Santos. Y por medio de las peregrinaciones, queda reflejado, el constante peregrinar del Pueblo hacia Dios (cf. DA 258-260). Esta religiosidad popular, hay que promoverla y protegerla, porque en ella encontramos “las más hondas vibraciones de la América profunda. Es parte de una ‘originalidad histórica cultural’ de

¹⁶ *Ibíd.*

¹⁷ *Ibíd.*

los pobres de este continente, y ‘fruto de una síntesis entre las culturas y la fe cristiana’” (DA 264). Es una síntesis cultural que atraviesa todas las épocas y que cubre, a la vez, todas sus dimensiones. Desde este espíritu de Aparecida, el cardenal, expone seguidamente una serie de definiciones y concepciones de la religiosidad popular. Paso, a rescatar, las que para mí son fundamentales en su pensamiento:

“La piedad popular como manifestación visible y sensible de la religiosidad popular es un modelo de la encarnación de la fe en las realidades culturales, que las impregna y al mismo tiempo se enriquece con ellas; es decir, es un modelo de inculturación de la fe. Es sensible, emocional; no es abstracta ni racional. Se expresa en una variada tipología de prácticas devocionales en las que por medio de símbolos se vivencian valores religiosos y específicamente cristianos que se vinculan con distintos universos culturales transformándose en un medio de auto-evangelización. Sólo podremos comprender bien la religiosidad popular si reconocemos la cultura como un todo relacionado entre sí”¹⁸. Esta religiosidad popular se ha trasladado a las grandes urbes, sus florecientes expresiones han de ser entendidas como la necesidad del hombre de recuperar sus raíces socio-religiosas, la apertura natural a lo trascendente y la búsqueda de valores espirituales. Es más, ante la modernización, más aún la “postmodernidad”, ha sido una forma comunitaria de resistencia, un “grito profético” del hombre que no quiere negar el misterio y lo trascendente en el horizonte de su vida. Ante esta realidad, la Iglesia, tiene el desafío de acompañar por una adecuada pastoral urbana, las distintas manifestaciones de esta piedad popular.

En definitiva, esa *“fe hecha cultura se vive espontáneamente, como parte inseparable de la propia vida, y por eso es más que una serie de nociones: fecunda la fe desde el corazón; configura un modo peculiar de vivir y expresar el dinamismo del Espíritu. No son solamente las manifestaciones masivas de piedad, sino también aquellas expresiones religiosas que de modo capilar pasan a formar parte de lo cotidiano, del lenguaje espontáneo y familiar, y que la mayoría siente como algo ligado a su identidad. Eso que cada uno tiene en común con el pueblo creyente en general, pero que es muy personal al mismo tiempo”*(Directorio sobre la piedad popular y la liturgia. 91).

“La experiencia de la fe manifestada en gestos cotidianos y vivida comunitariamente conduce al amor de Dios y de los hombres, y ayuda a las personas, y a los pueblos a tomar conciencia de su responsabilidad en la

¹⁸ *Ibíd.*

construcción de la historia y la realización de su propio destino. La religiosidad popular encierra una serie de valores humanos y religiosos muy importantes: *“hace capaz de generosidad y sacrificio hasta el heroísmo cuando se trata de manifestar la fe. Comporta un hondo sentido de los atributos de Dios: la paternidad, la providencia, la presencia amorosa y constante. Engendra actitudes interiores que raramente pueden observarse en el mismo grado en quienes no poseen esa religiosidad: ‘paciencia, sentido de la cruz en la vida cristiana, desapego, aceptación de los demás, devoción’, una sed de Dios que sólo pueden conocer los sencillos y los pobres”* (EN 48). Desde el punto de vista antropológico, la religiosidad popular manifiesta los sentimientos más profundos, “alborales” según M. Eliade que son: cercanía a la naturaleza, contacto con la vida y la muerte, y la necesidad de sentirse seguro e integrado en la compleja realidad. Este modo de situarse las personas manifiesta, al mismo tiempo la necesidad de salvación en medio de las amenazas de la existencia y la de dar unidad a la vida por medio de símbolos y narraciones”¹⁹.

“En las manifestaciones más auténticas de la piedad popular, de hecho, el mensaje cristiano, por una parte asimila los modos de expresión de la cultura del pueblo, y por otra infunde los contenidos evangélicos en la concepción de dicho pueblo sobre la vida y la muerte, la libertad, la misión y el destino del hombre. Así pues, la transmisión de padres a hijos, de una generación a otra, de las expresiones culturales, conlleva la transmisión de los principios cristianos. En algunos casos la unión es tan profunda que elementos propios de la fe cristiana se ha convertido en componentes de la identidad cultural de un pueblo. Como ejemplo puede tomarse la piedad hacia la Madre del Señor. (Directorio sobre la piedad popular y la liturgia. 63) Aparecida llega a denominarla “mística popular” (DA 262).

Aparecida, nos invita a revalorizar la religiosidad popular, el gran tesoro de nuestros pueblos latinoamericanos y del Caribe, expresión viva de la inculturación de la fe. Así, Bergoglio, respondiendo al espíritu de Aparecida, nos invita a ser discípulos y misioneros de Jesucristo; a ensayar un nuevo acercamiento al corazón de cada pueblo y sus culturas, como a reconocer la riqueza y las posibilidades que nos ofrece la religiosidad popular. Por eso nos dice: “La piedad popular es, en esta búsqueda, recogiendo las afirmaciones más importantes que nos brinda Aparecida, *un camino privilegiado. Ella es en el pueblo latinoamericano expresión de la fe católica, contiene la dimensión más valiosa de la cultura latinoamericana, penetra delicadamente la existencia personal de cada fiel y aunque también se vive en una multitud, puede ser profundizada y penetrar cada vez mejor la forma de vivir de nuestros pueblos,*

¹⁹ *Ibid.*

es un imprescindible punto de partida para conseguir que la fe del pueblo madure y se haga más fecunda, contiene y expresa un intenso sentido de la trascendencia, una capacidad espontánea de apoyarse en Dios y una verdadera experiencia de amor teologal, es una manera legítima de vivir la fe, expresión de sabiduría sobrenatural, un modo de sentirse parte de la Iglesia, y una forma de ser misioneros, es una poderosa confesión del Dios vivo que actúa en la historia y un canal de transmisión de la fe. (cf. DA 258, 259, 261, 262, 263, 264)”²⁰.

3. LA INCULTURACIÓN SEGÚN EL PAPA FRANCISCO

Francisco en la EG propone con firmeza, la imperiosa “*necesidad de evangelizar las culturas para inculturar el Evangelio*” (69). Y, en los países de otras tradiciones religiosas y en los profundamente secularizados “iniciar nuevos procesos de evangelización de la cultura, aunque supongan proyectos a muy largo plazo” (Ibid). En cuanto a los pueblos de tradición católica, advierte que a veces se pretende apagar la sed de Dios “en propuestas alienantes o en Jesucristo sin carne y sin compromiso con el otro” (EG 89). Por eso, nos invita a revalorizar las formas de religiosidad popular, ya que son “encarnadas porque han brotado de la encarnación de la fe cristiana en una cultura popular. Por eso mismo incluyen una relación personal, no con energías armonizadoras sino con Dios, Jesucristo, María y un santo. Tienen carne, tienen rostros. Son aptas para alimentar potencialidades relacionales y no tanto fugas individualistas” (EG 90). Por lo tanto, para Francisco la piedad popular con sus múltiples expresiones “son un lugar teológico al que debemos prestar atención, particularmente a la hora de pensar la nueva evangelización” (EG 126).

La piedad popular en cuanto “lugar teológico” o “lugar hermenéutico”, puede entenderse en dos sentidos:

- a) Como “fuente”, se entiende el depósito de la fe, esto es, aquello que guarda los contenidos de la fe que esta piedad popular entraña y donde Dios se revela.
- b) Como “lugar”, se entiende el desde dónde (social) se tienen acceso a esas fuentes de la fe y de la reflexión teológica.

En definitiva, la piedad popular es expresión de la inculturación de la fe en las diversas culturas y una manera de seguir transmitiendo esa fe. Es más, encontramos en esa “realidad viva”, “una reserva moral que guarda

²⁰ *Ibid.*

valores de auténtico humanismo cristiano” y “expresa su fe y solidaridad fraterna de múltiples maneras” (EG 68). Por lo tanto, desde esta religiosidad popular, con su “sabiduría peculiar” (humana y teológica), se puede desarrollar una sociedad más justa y más creyente.

Francisco revaloriza la piedad popular como inculturación de la fe, desde el espíritu de la *EN 48* y desde la síntesis de la tradición latinoamericana expresada en el *DA 262, 264*. Teniendo en cuenta esto, expone ahora como Papa las riquezas de la piedad popular: “Se trata de una ‘verdadera espiritualidad encarnada en la cultura de los sencillos’. No está vacía de contenidos, sino que los descubre y expresa más por la vía simbólica que por el uso de la razón instrumental, y en el acto de fe se acentúa más el *credere in Deum* que el *credere Deum*. Es una manera legítima de vivir la fe, un modo de sentirse parte de la Iglesia, y una forma de ser misioneros” (EG 124). Por eso, hay que “alentarla y fortalecerla para profundizar el proceso de inculturación que es una realidad nunca acabada” (EG 126).

El Papa retoma una constatación propia de la teología argentina del pueblo, asumida también por el DP: “Allí hay que reconocer mucho más que las ‘semillas del Verbo’, pues son frutos del mismo inculturado. Por eso, aplicando su principio que “el todo es superior a las partes”, llega a decir: “No conviene ignorar la tremenda importancia que tiene una cultura marcada por la fe, porque esa cultura evangelizada, más allá de sus límites, tiene mucho más recursos que una mera suma de creyentes a los embates del secularismo actual” (EG 68). Además, presenta otro desafío, la de llevar a cabo una “pastoral urbana” (cf. *DA 409-519*) ya que “Dios habita en la ciudad” (cf. *LF 50-51 EG 71-75*), inculturando en formas nuevas el Evangelio en la multiculturalidad ciudadana. De esta manera, reconoce la pluralidad cultural actual, especialmente, en la ciudad; encontrando en ella, por lo menos, las semillas del Verbo.

Esta lectura, nos remite a un discurso del cardenal, en el año 2011, donde nos expresaba: “Dios vive en la ciudad y la Iglesia vive en la ciudad. La misión no se opone a tener que aprender de la ciudad-de sus culturas y sus cambios-al mismo tiempo que salimos a predicarle el evangelio. Y esto es fruto del evangelio mismo, que interactúa con el terreno en el que cae como semilla (...) La contemplación de la Encarnación, que San Ignacio presenta en los *Ejercicios Espirituales*, es un buen ejemplo de la mirada que aquí se propone. Una mirada que no se queda empantanada en ese dualismo que va y vuelve constantemente *de los diagnósticos de planificación*, sino que se *involucra dramáticamente* en la realidad de la ciudad y se compromete con ella en la acción. El evangelio es un kerigma aceptado y que impul-

sa a transmitirlo. Las mediaciones se van elaborando mientras vivimos y convivimos”²¹. Así, desde esa mirada desde la analogía de la encarnación y del dinamismo de la inculturación del evangelio, comprenderemos, más allá de la ciudad, que el “Pueblo de Dios se encarna en los pueblos de la tierra, cada uno de los cuales tiene su cultura propia” (EG 115). Entendiendo a ésta, desde su función eclesiológica, como una “valiosa herramienta para entender las diversas expresiones de la vida cristiana que se dan en el Pueblo de Dios” (*ibíd*), a saber, para comprender la misma inculturación.

Por último, el papa nos invita a reflexionar y a saber acompañar esta riqueza de nuestros pueblos. Por eso, no podemos hacer oídos sordos a las siguientes palabras de Francisco: “Quien ama al Pueblo fiel de Dios no puede ver estas acciones sólo como una búsqueda natural de la divinidad. Son la manifestación de una vida teologal por la acción del Espíritu Santo que ha sido derramado en nuestros corazones (cf. Rm 5, 5)” (EG 125). La piedad popular se relaciona con la dimensión cultural de todo pueblo donde vive y actúa la Iglesia. Además, se trasmite espontáneamente, con múltiples símbolos y gestos, ya que “cuando en un pueblo se ha inculturado el evangelio, en su proceso de transmisión cultural, también transmite la fe de maneras siempre nuevas” (EG 122). De ahí, que cobra un profundo sentido el siguiente pedido del Papa: “¡No coartemos ni pretendamos controlar esa fuerza misionera!” (EG 124).

Las siguientes palabras de Bergoglio, que nos sigan ayudando para pensar y actuar sobre esta cuestión: “El desafío que se nos presenta actualmente para la Nueva evangelización de la cultura y la inculturación del evangelio, lo expresaría así: es el desafío de *recentrarnos* en Cristo y en nuestra cultura –en nuestras culturas- para llegar a todas las periferias. No se trata de “prescindir de la primera evangelización”, ni de “predicar un evangelio diferente”, ni de que la anterior haya sido poco fecunda... sino de responder a los nuevos desafíos de la cultura actual”²². Y recientemente dijo: La inculturación no debilita los valores verdaderos, sino que muestra su verdadera fuerza y su autenticidad, porque se adaptan sin mutarse, es más, transforman pacíficamente y gradualmente las diversas culturas. (Discurso en la clausura de los trabajos de la XIV Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, Vaticano, 24 de octubre de 2015)

²¹ BERGOGLIO, J. M., *Discurso en el Primer Congreso de Pastoral Urbana, “Dios vive en la ciudad”*, Buenos Aires, 25 de agosto de 2011.

²² BERGOGLIO, J. M., *Parroquia y familia*, Roma, 18 de enero de 2007.

BIBLIOGRAFÍA

1. Bergoglio/Papa Francisco

- BERGOGLIO, J. M., *Reflexiones espirituales sobre la vida apostólica*, Mensajero, Bilbao 2013 [original: Ediciones Diego Torres, Buenos Aires 1987].
- *Religiosidad popular como inculturación de la fe*, Buenos Aires, 19 de enero de 2008.
 - *Discurso en el Primer Congreso de Pastoral Urbana. Dios vive en la ciudad*, Buenos Aires, 25 de agosto de 2011.
- FRANCISCO, Encíclica *Lumen Fidei*, Roma, 29 de junio de 2013.
- Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, Roma, 24 de noviembre de 2013.

2. Documentos eclesiales

- CELAM, *La Iglesia en la actual transformación de América Latina a la luz del Concilio*, Medellín, 1968.
- *La Evangelización en el presente y futuro de América Latina*, Puebla, 27 de enero-13 de febrero de 1979.
 - *Nueva Evangelización. Promoción humana. Cultura Cristiana*, Santo Domingo, 12-28 de octubre de 1992.
 - *Misioneros y discípulos de Jesucristo*, Aparecida, 13-31 de mayo de 2007.
- PABLO VI, *Exhortación Evangelii nuntiandi*, Roma, 8 de diciembre de 1975.
- JUAN PABLO II, *Encíclica Redemptoris missio*, 1990.
- *Exhortación Ecclesia in América*, 1998.
- CONCILIO VATICANO II, *Constitución pastoral Gaudium et spes*, Roma, 7 de diciembre de 1965.

3. Otros

- ARRUPE, P., SJ, “Carta y Documento de trabajo sobre la inculturación (14/05/78)”, *Acta Romana Societatis Iesu XVII* (1978) 229-255.
- LOYOLA, I. de, *Ejercicios Espirituales*, Sal Terrae, Santander 2010.

Centro Teológico San Agustín.
Los Negrals (Madrid)